

La vida como tarea moral¹

Joaquín Jareño

En los últimos años ha venido fraguándose con insistencia una idea que, en realidad, a cualquier lector avezado de Wittgenstein le habría parecido particularmente consistente: la de la relación entre la biografía del filósofo austríaco y el desarrollo de su obra. De modo concreto, entre el 25 y el 28 de marzo de 1999, se llevó a cabo en el Departamento de Filosofía de Virginia Tech un simposio que tenía por tema: «Wittgenstein: Biografía y Filosofía». Como señalaba uno de los participantes en el simposio, Ray Monk –autor de la que se puede considerar mejor biografía de Wittgenstein hasta la fecha²–, con frecuencia, si queremos conocer bien la obra de un autor, lo habitual es que separemos su vida de su trabajo, pero en el caso de Wittgenstein ésta no es la mejor manera de proceder³.

Indagar en la psicología de un autor suele ser una tarea muy difícil, que inevitablemente queda incompleta cuando la distancia en el tiempo hace imposible un contacto directo con el sujeto en acción. Queda, no obstante, el recurso a sus escritos más personales –cartas, diarios íntimos– o al testimonio expreso o cruzado de quienes le conocieron en su día a día. En el caso de Wittgenstein hay un material muy interesante que nos permite, en gran medida, comprender el porqué del mito, pero también de la seducción de un carácter humanamente difícil y de convicciones intensas.

Resulta curioso que haya ejercido tanta influencia un filósofo que en vida solamente publicó un libro y un artículo. El libro tuvo bastantes dificultades para su edición, y sólo fue gracias a la influencia de alguien tan bien conocido en los círculos académicos como Bertrand Russell, que pudo llegar a ver luz editorial. Además, no pasa de ser un opúsculo de no muchas páginas que a veces parece inofensivamente

¹ Agradezco a *The Master and Fellows of Wren Library, Trinity College (Cambridge)*, el haberme permitido el uso de sus fondos de manuscritos sobre Wittgenstein.

² Ludwig Wittgenstein. *The Duty of Genius*, Jonathan Cape, Londres 1991.

³ Cf. Ray Monk: «*Philosophical Biography: the Very Idea*»; en: James C. Klagge (ed.): *Wittgenstein. Biography & Philosophy*. Cambridge University Press, Cambridge 2001, p. 5.

trivial, pero las más endemoniadamente difícil de entender. Si tomamos en consideración la evolución del pensamiento de Wittgenstein, el propio autor –digámoslo así– rechazó su contenido, y con sus reflexiones posteriores lo que provocó fue otra manera distinta de hacer (y entender) la filosofía.

Un personaje tan singular, de vida complicada y a veces tortuosa⁴, parece que no podía protagonizar más que otro episodio singular en el momento de su muerte. Las palabras repetidas tantas veces del testimonio de la señora Bevan⁵, que atendió a Wittgenstein en sus últimos instantes de consciencia, no han hecho más que plantear incógnitas a los estudiosos del autor vienés. Pueden entenderse sarcásticamente, en consonancia con las dificultades y sinsabores personales que alguien tan sensible como Wittgenstein sufrió a lo largo de su vida; o acaso como un momento de alienación en el tránsito hacia la muerte; o como expresión de satisfacción por una vida dedicada al trabajo intelectual. En cualquier caso, considero que pueden ser una sencilla manifestación de sinceridad y coherencia. Quizás la culminación de una vida caracterizada por la búsqueda de claridad en el pensamiento y coherencia en el comportamiento. Ambas condiciones no se pueden ver separadas. Antes bien, constituyen una unidad que nos permite comprender a la persona Wittgenstein. La verdad en el pensamiento y la verdad –veracidad– en el comportamiento. Dos caras de la misma moneda para un mismo proyecto vital: la vida como tarea moral.

En su *Conferencia Sobre Ética* escribe Wittgenstein⁶ que lo moralmente bueno es aquello que nadie, al verlo, puede dejar de hacerlo. En caso contrario, deberíamos sentirnos culpables de no hacerlo. Pero no existe un estado de cosas así; nada que sea susceptible de descripción, a no ser que se haga del estado subjetivo en que el individuo se encuentra cuando habla de lo que es el Bien. Esto no excluye la posibilidad de que, en un cierto sentido, exista el Bien, pero éste sólo podría entenderse como algo sobrenatural⁷. Es un tópico de la filosofía moral que el ser humano, no obstante, siente la necesidad de actuar correcta-

⁴ *No en vano, fueron diversas las ocasiones las en que pensó suicidarse. Véase: W. Baum: Ludwig Wittgenstein. Alianza Editorial, Madrid 1988, p.47; Ray Monk: Ludwig Wittgenstein. The Duty of Genius, p. 41; B. McGuinness: Wittgenstein. A Life. Young Ludwig (1889-1921). Duckworth, Londres 1988, pp.49-50, 93, 154-155.*

⁵ *Cf. Joan Bevan: «Wittgenstein's Last Year», en: F. A. Flowers III (ed.): Portraits of Wittgenstein. Vol. 4. Thoemmes Press, Bristol 1999, p. 137.*

⁶ *Cf. la página 38 de la edición de Paidós, Barcelona 1989.*

⁷ *Cf., Ibíd., p.37.*

mente, es decir, actuar sobre el convencimiento de que lo que hace es lo bueno. Nuestro carácter falible y dubitativo no nos exime de actuar, incluso en medio de nuestra confusión o falta de conocimiento. Actuar desde la coherencia, que hemos de entender como intención recta. No estamos exentos de la obligación de buscar el Bien, y en la medida en que vislumbramos o intuimos –aún con nuestras deficiencias– «lo que es bueno», nuestra conciencia nos dicta hacerlo⁸. Es aquí donde se produce el juicio sobre nuestras acciones, manifestándose que el fundamento de la exigencia no es el resultado de una preferencia subjetiva. En caso contrario, no supondría obligación. Lo que la conciencia dicta muestra que algo se exige de nosotros, y pone de manifiesto que el ser humano debe ajustarse a criterios⁹ que prejuzgan todo el sentido de su vida. Por eso, esta búsqueda no es sino la búsqueda de sentido; el intento de discernir con claridad qué debemos hacer para que nuestra vida, vista como un todo, nos aparezca coherente. Da, entonces, igual que hayamos acertado más o menos; lo verdaderamente significativo es que hayamos tenido una vida «digna», porque en nuestro empeño hemos actuado rectamente, esto es, bajo el impulso y el convencimiento de que lo que hacíamos era el Bien.

Esto no impide que a veces no se aprecie valor alguno o sentido en lo que se está haciendo o en los fines que uno persigue, porque la vida no se ajusta a los estándares que uno ha asimilado. Sucede generalmente con sujetos que tienen un alto grado de autoexigencia o que carecen de tolerancia a la frustración. La rigidez con que Wittgenstein se solía medir le hacía, en ocasiones, trasladarse a extremos que podríamos denominar «nihilistas». Si nada es como tiene que ser, la vida carece de sentido, puesto que los valores en los que se debe fundamentar la acción no tienen contrapartida en el modo como el individuo, de hecho,

⁸ En la encíclica *Veritatis Splendor*, Juan Pablo II resalta el valor fundamental de la conciencia al recoger una idea del Vaticano Segundo: «En lo profundo de su conciencia, el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, sino a la que debe obedecer y cuya voz resuena (...) llamándolo siempre a amar y a hacer el bien y a evitar el mal. (...) La conciencia (es) “el sagrario del hombre, en el que está solo con Dios”» (54). En la entrada del 8.7.1916 en sus Diarios 1914-1916, escribe Wittgenstein: «Por supuesto que es correcto decir: la conciencia es la voz de Dios» (p.129). La forma que Wittgenstein tiene de expresarse pone de manifiesto la necesidad de claridad respecto al sentido de la vida y, por tanto, al saber cómo obrar. El convencimiento resultante implica obligación.

⁹ Cf. P. R. Shields: *Logic and Sin in the Writings of Ludwig Wittgenstein*. The University of Chicago Press, Chicago 1993, p. 32. Shields hace hincapié en la relación que tiene la presencia constante de esta exigencia a través de la cual nuestro comportamiento es juzgado, con la imagen del Juicio Final. Hay que recordar que Wittgenstein llegó a afirmar que él veía a Dios, entre otras cosas, como un «juez temible».

actúa debido a sus intereses circunstanciales o a sus tendencias. La comparación entre lo que se es y lo que se debe ser muestra las demandas de la exigencia moral, lo que tiene paralelo en la conciencia de culpabilidad frente a la decencia. Este sentimiento de culpabilidad se manifiesta con la gravedad que mide la propia psicología del individuo.

Ray Monk¹⁰ nos recuerda cómo Wittgenstein le había comentado a Pinsent que los ánimos que Bertrand Russell le prodigó en su primera época de estudiante con él, al reconocerle su gran capacidad para el trabajo filosófico, le sacaron de la continua tentación de suicidio que padecía¹¹. El mismo Monk¹² pone el acento de la exigencia en que vivía Wittgenstein en su consideración de que la única vida que merecía la pena era aquella en la que se dedicase a satisfacer la obligación que debía a su propio genio. No obstante lo acertado de esta apreciación, es importante dejar claro que la autoexigencia manifestada en la rígida coherencia que Wittgenstein trató de mantener consigo mismo, iba más allá de su trabajo intelectual, abarcando a su persona entera¹³. Es aquí, por tanto, la obligación lo que importa. Y su cumplimiento satisface las expectativas que uno tiene en cualesquiera terrenos en los que la fragilidad de su condición humana es puesta a prueba. En el caso de Wittgenstein, esto se puso de manifiesto tanto en su trabajo como en el resto de su vida. Es bastante posible que el mismo rigor hubiera aparecido aunque Wittgenstein se hubiera dedicado a otras ocupaciones en vez de a la filosofía.

Una de las circunstancias en las que mejor puede apreciarse la coherencia de Wittgenstein es precisamente en el terreno de la religión. Es ésta la gran valedora cultural de las preguntas por el sentido de la vida. Se presenta como respuesta a los interrogantes últimos de la existencia y procura la unidad de nuestras aspiraciones con nuestras obligaciones, señalando cuáles son las vías de acceso a una vida plena de sentido. La

¹⁰ Cf., Ludwig Wittgenstein, p. 41.

¹¹ En sus *Diarios Secretos* (edición de Alianza Editorial, Barcelona 1991), Wittgenstein, comentando la noticia de que su hermano Paul, que quería ser pianista, había perdido un brazo en la Guerra, da por sobreentendido que prácticamente la única salida que tiene quien pierde toda posibilidad de conseguir sus aspiraciones es el suicidio. Véase la entrada del 28 de octubre de 1914: «¡Una y otra vez tengo que pensar en el pobre Paul, que de repente ha visto malograda su profesión! ¡Qué horrible! ¡Qué filosofía sería precisa para sobreponerse a una cosa así! ¡¡Si es que ni siquiera eso es posible a no ser mediante el suicidio!!» (redondas del autor).

¹² Cf., Ludwig Wittgenstein., p. 27.

¹³ Algo que también el propio Monk, de alguna manera, señala.